

INVITADO DE HONOR

PACHÍN MARÍN: POETA MULATO

*Ramón L. Acevedo Marrero, Ph. D.
Departamento de Estudios Hispánicos
Recinto de Río Piedras
Universidad de Puerto Rico*

Trayectoria de un poeta mulato

Francisco Gonzalo Marín es nuestro primer poeta mulato con conciencia de serlo y proyectarlo en su poesía. En un mundo que recién abolía la esclavitud y que estaba plagado de prejuicios raciales, Pachín Marín reafirmó su condición racial y denunció la injusta condición de inferioridad a la que sometía la sociedad colonial a negros y mulatos. También registra líricamente, con honda sensibilidad, lo que significa emocionalmente ser mulato y pobre dentro de un mundo estamentado racial y económicamente.

En otro lugar he escrito lo siguiente sobre este poeta y periodista nuestro:

Una de las figuras más vivas, simpáticas y polifacéticas del siglo XIX en Puerto Rico es la del poeta y revolucionario arecibeño Francisco Gonzalo Marín, mejor conocido por su cariñoso apodo de Pachín Marín. Contrario a otros escritores de la época que nos parecen distantes, anacrónicos y un poco acartonados, este mulato bohemio, músico de violín y guitarra, periodista y patriota, pobre y trotamundos, de una generosidad tal, que en su búsqueda de la libertad y la justicia pasa por el exilio y llega hasta la donación gozosa de su vida, se mantiene eternamente joven. Su eterna imagen juvenil no se debe únicamente a que murió cuando apenas contaba treinta y cuatro años y estaba en su momento de mayor intensidad vital y li-

teraria, sino a la espontaneidad de su conducta, su gozoso e intenso disfrute de la vida y su idealismo generoso y activo. Así se nos presenta en su obra escrita y en el testimonio de aquellos que lo conocieron. (Acevedo, 2001, 4)

Uno de los aspectos más atractivos de su personalidad poética y periodística es la gran armonía que existe entre su vida y su obra, la cual surge espontáneamente y sin pretensiones de la primera. Como su poesía y su prosa, su trayectoria vital es intensa, rica, apasionada, libre y generosa.

Nació Francisco Gonzalo Marín Shaw en Arecibo el 12 de marzo de 1863, en el seno de una familia humilde, de padres trabajadores y educados, Santiago Marín Solá y Celestina Shaw Figueroa. Ambos compartían ideas liberales y admiraban a figuras como Ramón Emeterio Betances y Segundo Ruiz Belvis, que se habían distinguido por su militancia a favor de la abolición de la esclavitud. Pachín fue el primero de siete hermanos. El poeta se enorgullecía de no tener sangre española y proclamaba sin ambages su herencia africana. En un artículo dedicado a su hermano, Wenceslao Marín, muerto en batalla en Cuba, comienza con la afirmación siguiente: «Nació en Arecibo, Puerto Rico. Tiene una ascendencia híbrida: sus abuelos fueron un italiano, un inglés, una mulata de Curaçao y una negra africana. Sus padres, dos puertorriqueños. Nada de español había en sus venas. [...] Yo soy el primer vástago de la familia, él era el segundo» (Ojeda 167).

En uno de sus poemas Pachín hace alusión a su «tez de cobre», a su «cabellera pobre / por el sol de los trópicos quemada» y a su «crencha ruda». A su vez, Cayetano Coll y Toste, menciona su tez de «mate bronceo». Evidentemente había en él rasgos fenotípicos muy visibles que evidenciaban su condición de mulato. No hay duda de que padeció el prejuicio racial y social, pero esto nunca lo llevó a negar su condición, sino a ostentarla con dignidad y orgullo.

A Pachín sus padres le enseñaron desde temprana edad las primeras letras. Luego ingresó al Plantel de Enseñanza del maestro mallorquín de ideas liberales Juan Massanet y a los trece años pasó a la Escuela Superior de Instrucción Primaria que dirigía don Alejandro Montenegro. Posteriormente, también estudió en el Instituto Provin-

cial de los Jesuitas, pero por falta de recursos no pudo continuar estudios superiores.

Desde sus años de estudiante adolescente se manifestó en él su vocación de periodista y poeta. Para el 1883 se traslada a Utuado donde trabaja como cajista en una imprenta, colabora con un periódico local y publica su primer libro de versos juveniles: *Flores nacientes*. Tres años después regresa a Arecibo y en 1887 asiste, motivado por su tío, el periodista Ramón Marín, a la asamblea de Ponce en la cual se funda el Partido Autonomista. Entusiasmado con el autonomismo y la figura de Román Baldorioty de Castro le dedica al líder mulato un breve poemario titulado *Mi óbolo*. De vuelta a Arecibo, funda y dirige el periódico *El Postillón* e inicia su viacrucis de exiliado político ya que, por la firmeza y verticalidad de sus artículos a favor de la autonomía, sufre la persecución del gobierno colonial y se ve en la necesidad de salir del país rumbo a la República Dominicana.

En Quisqueya residió durante tres años, trabajó como maestro y ofreció clases privadas de música. Además escribió, representó y publicó un drama alegórico sobre la independencia del país que tituló *27 de febrero*. Su actividad como poeta, profesor, periodista, músico y cantante, así como su natural simpatía, le ganaron el afecto y la admiración de los dominicanos. Incluso llamó la atención del Presidente Gen. Ulises Heureux, Lili, que lo nombró director de una escuela en Santiago de los Caballeros. Poco después el Presidente se molestó porque Pachín defendió a un adversario suyo, enseñaba a sus alumnos a defender los derechos del pueblo y criticaba su gobierno tiránico en artículos periodísticos. El dictador, que antes había presionado a Eugenio María de Hostos para que se fuera del país, encarceló y expulsó a Pachín Marín del territorio dominicano.

Tras una breve estadía en Curaçao, se establece en Venezuela en 1889. En Caracas se gana la vida como tipógrafo y periodista. Además, publica un poema narrativo, *Emilia*, donde aborda el tema racial. Por el momento, conviene consignar que en su prólogo Pachín aprovecha la oportunidad para atacar a Lili, quien era negro, y le dirige estas significativas palabras: «Tirano, entre tú y yo hay una gran diferencia; ambos llevamos sangre africana en las venas, pero... ¡tú te avergüenzas de ella, y yo no!» (Citado por Figueroa, 46)

De Venezuela lo expulsa el Presidente Raimundo Andueza Palacios, por los artículos que escribió en contra de su gobierno. Pachín fue a parar a Martinica, de ahí logró llegar a Saint Thomas y, finalmente, a Puerto Rico. Más radical en sus ideas políticas, reinicia en Ponce la publicación de su periódico *El Postillón*. Las autoridades coloniales y sus partidarios reaccionan agresivamente. Pachín fue perseguido, censurado, multado, amenazado y hasta agredido físicamente. Tuvo que salir de la isla en 1891 y se dirigió a Nueva York donde se unió a los revolucionarios que, inspirados por José Martí, abogaban por la independencia de Cuba y Puerto Rico.

En Nueva York trabaja como tipógrafo y vuelve a publicar por tercera vez *El Postillón*. Colabora, además, con *La Gaceta del Pueblo* y con *Patria*, periódico de José Martí que dirige su compatriota boricua y también mulato Sotero Figueroa. Ya francamente separatista se integra a la Junta Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico. En su breve crónica *Nueva York por dentro, Una faz de su vida bohemia* nos ofrece sus impresiones de la gran metrópolis. En términos generales su visión es positiva, aunque en una carta a su padre se queja del racismo y escribe: «por misterios que aun no me explico, mi raza es solemnemente despreciada» (Citado por Figueroa, 50).

Después de dos años en Nueva York, se establece en Haití. Sabemos muy poco sobre los tres años que vive en la primera y única república negra de América, pero haber vivido en un país gobernado por negros y mulatos debió afirmar su identidad racial. En Puerto Príncipe organizó, con otros puertorriqueños, un club revolucionario y fue administrador de un hotel, El Internacional. En 1896, tras el incendio del hotel, regresó a Nueva York donde se enteró de la muerte de su hermano en la manigua cubana. Decide, entonces, sustituirlo y desembarca en Camagüey, junto a un puñado de expedicionarios, el 16 de agosto de ese mismo año. Llegó al grado de sargento y fue Ayudante de Campo del Estado Mayor del General Máximo Gómez. También sirve como corresponsal del periódico *La Doctrina de Martí* que se publicaba en Nueva York. Tras un año de servicio en el ejército revolucionario, murió trágicamente, enfermo, febril y abandonado, abrazado a su fusil y colgado en una hamaca, el 26 de octubre de 1897, en la ciénaga de Turiguanó.

***Emilia* o la tragedia del racismo**

Emilia es un poema narrativo romántico cuyo tema central es la tragedia que produce el racismo. Fue publicado por primera vez en Caracas en 1890 y luego reproducido en la tercera edición del poemario *En la arena* publicada en Cuba en 1943. Curiosamente, no se le menciona cuando se traza el desarrollo de la poesía negrista en Puerto Rico ni se le incluye en las antologías sobre el tema, aunque sí se incluye otro poema narrativo coetáneo: *El negro José* de José Antonio Daubón, ilustre miembro de la élite criolla. Hay honrosas excepciones. En un artículo de 1962, María Teresa Babín destaca dos aspectos fundamentales del poema: su valor estético y su significación racial:

Emilia es una leyenda fantástica de amor entre una mujer blanca y un mulato. Es sumamente interesante para nosotros los puertorriqueños porque en este poema de Pachín se plantea literariamente el problema del prejuicio racial en Puerto Rico a fines del siglo XIX. Emilia tiene el encanto de un poema pastoril, con reminiscencias románticas de la famosa novela María del colombiano Jorge Isaacs, pero mantiene una idiosincrasia nacional, completamente puertorriqueña. (Citada por Figueroa, 122)

Más adelante, resume el poema y destaca su carácter romántico:

La protagonista del poema, como una niña, aparece enmarcada en el paisaje de nuestra isla:

Una niña gentil, junto a la falda
de Luquillo, cuajado de esmeralda
y gotas diamantinas de rocío,
gozábbase tejiendo una guirnalda
de algas y flores que le trajo el río.

Esta estampa campesina transporta al lector a aquel mundo convencional de las églogas de Garcilaso, al mundo mismo de Góngora, a Cervantes... En este hermoso cuadro aparece un

mozo de semblante bronceado. Se llama Luciano. Emilia le promete amor eterno a pesar de la diferencia de color de la piel entre ella y él. Luciano se marcha al extranjero durante seis años a buscar fortuna deseoso de hacerse merecedor de su amada adquiriendo nombre y fama. Mientras tanto, Emilia muere de amor herido al acusarla su padre de manchar el honor de la familia por amar a un mulato. Luciano vuelve a Luquillo, pero la amada ha muerto, y el joven pasea su dolor junto a la tumba de la amada, en un paralelismo exacto con el final del idilio entre Efraín y María en la novela de Isaacs. (Citado por Figueroa, 122-123)

Patria Figueroa, por su parte, en su valioso libro *Pachín Marín: héroe y poeta* (1967), designa el poema como «novela corta», lo compara con *La cautiva* del argentino Esteban Echevarría y hace un resumen más pormenorizado del mismo. Sobre las motivaciones de Pachín y su visualización de su condición racial, la autora hace algunos comentarios que resultan curiosos: «Solitario y desarraigado, atribuye sus desgracias, a veces, a su condición racial. Esta actitud de humilde complejo destinista frente a su raza, la podemos ver claramente en su poema Emilia» (Figueroa, 119). ¿Qué entiende Figueroa por «humilde complejo destinista»? Si se trata de la noción de que el mulato está fatalmente destinado a sufrir el prejuicio y a ocupar humildemente una posición de inferioridad, difiere de su interpretación. El poema es más bien una denuncia del prejuicio en nombre de la igualdad, la justicia y el progreso. Precisamente, al poema le anteceden dos citas que reafirman el principio universal de la igualdad entre los hombres, una de Voltaire y otra de Budha:

Desde la India hasta la Francia, el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor.

Voltaire

Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen.

Budha

El poema, escrito en silvas, está dividido en tres partes: «Introducción», «¡Adios!» y «¡Muerta!». La primera es un himno al «progreso eternal» como proceso que encamina inexorablemente a la humanidad hacia la bondad, la justicia, la libertad, la igualdad, la verdad y hacia Dios «por medio de la Ciencia». Ese proceso ha encontrado un obstáculo en el racismo y el prejuicio, especialmente contra lo que él llama la «raza perseguida»:

Mas aun falta; una raza perseguida,
proscrita en el concierto
que forma la social humana vida,
sin fe, sin rumbo y ya desfallecida
boga en esquife hasta inseguro puerto...
No encuentra amparo en la rizada ola,
no puede anclar por el fragor del Noto
y así, extraviada, delirante y sola,
anhela en vano porvenir ignoto. (Marín, 1943, 106)

Acto seguido el poeta se pregunta quién proscribió esta raza, quién la condena «a mísero abandono, a inacabable pena» (Marín, 107) y quien negó los designios divinos de igualdad.

¿Quién fue osado a romper los lazos tiernos
que prescribió el creador a los mortales
cuando en los libros del Amor eternos
dijo a los hombres: “todos sois iguales”? (Marín, 1943, 107)

Pachín rechaza de forma contundente la desigualdad y el prejuicio basado en la raza. Aparte de los argumentos que podríamos llamar filosóficos, también recurre a principios religiosos. Su afirmación de la absoluta igualdad de todos los seres humanos es contundente:

¿El color de la piel?... ¡cuánta miseria!
Una línea, un perfil, no arguyen nada:
la misma sangre afluye por la arteria,
la misma chispa asoma en la mirada.

Una es la fe que de diversos modos
lleva hasta Dios a la infeliz criatura:
un mismo sol el que nos baña a todos
desde la cuna a la honda sepultura! (Marín, 1943, 107)

Valen igual la honradez, la virtud, la ternura materna, el amor, el talento, el pensamiento, la creatividad, aunque «distintas / sean de su piel las líneas y tersura» (Marín, 1943, 108). Retóricamente también se pregunta lo siguiente:

Y estas estrofas que del alma vierto
en pro del negro, a quien titulo hermano,
¿son discordante nota en el concierto
Universal? ¿Tal vez porque la mano,
que las trazó con tinta de violeta
no fuera sonrosada,
han de perderse en la impalpable nada
el creador, y el poeta?... (Marín, 1943, 108)

En fin, en las cuatro silvas de la «Introducción», Pachín aprovecha el poderoso metarrelato del progreso prevaleciente en su tiempo para rechazar el racismo como antihistórico, retrógrado e incluso contrario a la auténtica tradición religiosa cristiana. Su defensa de la igualdad y del «hermano negro» es radical. Las estrofas iniciales constituyen el marco en que se ubica la trágica historia de la blanca y rica Emilia y el pobre mulato Luciano.

La parte narrativa del poema es sumamente sencilla y se compone esencialmente de dos escenas: una escena de amor entre Emilia y Luciano y otra en que el padre de la joven rechaza indignado estos amores. En las cinco estrofas de «¡Adios!», el poeta narra el encuentro de los enamorados al caer de la tarde y en medio de una naturaleza edénica:

En tanto que llevando va la brisa
Sus últimos mensajes a las flores,
Una niña gentil, junto a la falda

Del Luquillo, cuajado de esmeralda
Y gotas diamantinas de rocío,
Gozábase, tejiendo una guirnalda
De algas y flores que le trajo el río. (Marín, 1943, 100)

La pureza y la inocencia de Emilia, libre de prejuicios, se subraya al calificarla como «niña» y al ubicarla en medio de la naturaleza recogiendo flores. La lírica descripción que hace el poeta de su personaje subraya su blancura y su belleza, no exenta de inocente sensualidad:

Es de angélico rostro, talle breve,
seno turgente que al amor provoca,
ojos sin sombra de pesar aleve,
cuello nítido y blanco cual la nieve,
negra la trenza, de clavel la boca.
Bajo corpiño de color oscura,
aprisiona la forma peregrina....
Gracias esparcen en redor sus huellas,
y, cuando cruza el valle o la colina,
ante el suave fulgor de su hermosura
parpadean de celos las estrellas. (Marín, 1943, 110)

En medio del campo aparece entonces Luciano quien se acerca «con insegura planta, / como quien teme desdeñoso agravio» (Marín, 1943, 111) y «tímida el habla, balbuciente el labio» (Marín, 1943, 111) le confiesa, con recelo y sin mucha esperanza, su amor:

Tiempo ha que, llorando mi tristeza,
solo al cielo confío mis enojos
e inclino mustiamente la cabeza
ante la luz de tus hermosos ojos.
Sé que no te merezco... mi destino
a condición humilde me sujeta...
y aunque llevo en la frente ese divino
destello con que Dios besó al poeta
dura la sociedad me ha condenado

a callar este amor que es fe perdida,
porque tengo el semblante bronceado...
¡porque soy de una raza maldecida! (Marín, 1943, 111)

Pese a que Luciano habla de que el destino lo sujeta a una condición humilde, no atribuye su condición a una fatalidad inalterable, sino a la dureza de una sociedad prejuiciada que maldice su raza. A este prejuicio contraponen la superioridad de su condición de poeta, elegido y bendecido por Dios con el don de la poesía.

Tras su confesión, el mulato llora amargamente y la niña blanca lo consuela, lo acepta y reacciona comprensiva y emocionada a su llanto

Llanto que comprendió la niña hermosa
Pues, atendiendo al singular reclamo,
Con voz ferviente, suave y cariñosa,
Dijole:

–Yo te amo,

Y ha tiempo que soñé que era tu esposa! (Marín, 1943, 112)

Luciano, sorprendido y emocionado, decide entonces que, por la diferencia social que existe entre los dos, debe irse por el mundo para obtener fama y fortuna: «Fuerza es decirte adiós...» –dice el mulato– «al extranjero / he de pedir, en afanosa brega, / cuanto Borinquen infeliz me niega» (Marín, 1943, 114). Se implica, además, que por su condición de mulato siente que debe compensar con prestigio y riquezas el terrible prejuicio racial que domina su sociedad. Con un beso se sella frente a Dios el pacto entre los dos enamorados:

Alzando a Dios las manos y los ojos,
con fe amante y cristiana,
cayeron ambos, a una vez, de hinojos
cabe al monte empinado...
y al jurarse con íntimo embeleso
eterno amor, los ecos del collado
fueron testigos del nacer de un beso. (115)

A esta despedida se refiere el título anticlimático de esta segunda parte del poema. Aún mas anticlimático resulta el epígrafe de la tercera parte que anticipa el final de la historia: «¡Muerta!». Al cabo de seis años regresa Luciano triunfante; ha hecho una exitosa carrera y ha ganado prestigio como poeta. Encuentra, sin embargo, que Emilia ha muerto de dolor, víctima de los prejuicios paternos. Acongojada por la ausencia de Luciano, Emilia buscó consuelo en la figura paterna y le confesó su amor por el mulato. El padre reaccionó de forma virulenta y expresó en toda su crudeza el prejuicio que corroe la sociedad puer-torriqueña:

El padre oyó la confesión sin pena
y luego que hubo la niña concluido,
trémulo de coraje
cual si inferido hubiérale un ultraje,
se expresó de este modo:
-Si esa ilusión no dieras al olvido
mi nombre arrojarias en el lodo...
Mi honor, mi dignidad y mis creencias
son para ti un arcano:
pero advierte que existen diferencias
hondas, muy hondas, entre tu y Luciano.
Justa la sociedad, sus condiciones
a unos y otros tiene señaladas.
Democracia, igualdad... son opiniones
modernas, pero erradas...
No me vuelvas a hablar de esa congoja
si no quieres, Emilia, que te riña
y tu demanda con rigor acoja...
...Y, así diciendo, se marchó y la niña
quedó temblando como débil hoja. (120)

Emilia no resiste un golpe tan fuerte; sufre un desmayo y cae «sobre el duro pavimento/ como palma quemada por un rayo» (120). Jamás logra recuperarse y una tarde «cuando el sol descendía al océano, / también Emilia descendió cobarde / a la tumba» (121). Luciano

enloquece de dolor e invoca sin consuelo a su enamorada todas las tardes en el montesito donde se juraron amor eterno.

Llama la atención que Pachín califique como «cobarde» a Emilia en el momento de su muerte. ¿Acaso piensa que debió enfrentarse con valentía a los prejuicios de su padre y de su sociedad? Es posible. Esto supondría cierto reproche a la muchacha blanca por no ser capaz de enfrentarse al racismo, lo cual sería una postura muy singular de parte del poeta mulato.

El Sol de la Libertad y la abolición de la esclavitud

Hay otro poema en su poemario *Romances* que coincide en lo esencial con lo presentado en *Emilia*, aunque en este caso se alude a la abolición de la esclavitud negra en Puerto Rico. Por su título y por sus primeras estrofas, al parecer, se ha interpretado simplemente como un himno al sol, de ahí que nunca se mencione cuando se trata el tema de raza y color en la poesía de Pachín. En efecto, el poema se titula «Al sol» y comienza con un exaltado apóstrofe al astro «regio» y de «luz esplendente»; pero el poeta reconoce su pequeñez y afirma que no viene a cantarle:

Yo no vengo a cantarte. Iluso ensueño
fuera el de quien hasta el empíreo Andes
volar quisiera en atrevido empeño:
yo soy ¡oh sol! un átomo pequeño
para cantar la alteza de los grandes. (Pachín, 1892, 17)

Pachín viene a cantarle a otro sol «de agosto fama» que lanza luz «para iluminar a través del mundo entero las miserables conciencias»: el sol de la Libertad:

Por otro luminar mi fe delira,
estrella que en la lúgubre silueta
del Gólgota surgió; y en fin, mi lira,
mi inarmónica lira de poeta
en la radiante Libertad se inspira. (Pachín, 1892, 18)

El sol de la Libertad lucha contra «la rancia potestad señorial», «el cruel despotismo y la ignorancia» y ya ha ganado grandes batallas. Acto seguido se evoca la esclavitud en Puerto Rico y la batalla que ha ganado la Libertad sobre la inhumana institución. El poeta se remite a su infancia cuando todavía existía la esclavitud en su país y recuerda su dolor por el dolor de sus hermanos negros:

¡Ah! Yo recuerdo con dolor que cuando
mi razón el Derecho presentía
sentí angustiada el ánimo pensando
que vil esclavitud, crimen nefando,
lloraba triste la Borinquen mía.

Y vi –la mente de pesares llena–
una raza de parias y de ilotas
que cantaba la historia de su pena
mezclando al rechinar de la cadena
el triste son de enronquecidas notas. (Pachín, 1892, 19)

La abolición supuso entonces un gran triunfo en la isla del Sol de la Libertad que, a tono con la ideología del Progreso, se va imponiendo a través del mundo. El poeta celebra ese triunfo:

Mas ¡ah! que entonces, Libertad fulgente,
oyó mi patria resonar tu nombre
de norte a sud, del orto al occidente,
y mi Borinquen levantó la frente,
y el esclavo infeliz pudo ser hombre. (Pachín, 1892, 19)

En las estrofas finales vuelve a dirigirse al sol para pedirle que detenga su curso y diga a los tiranos «que la ignorancia del pasado abonan», «que aun negando del pueblo ser hermanos / la Libertad y el Pueblo los perdonan» (Pachín, 1892, 20).

Estos versos finales vinculan la abolición de la esclavitud con la lucha por la libertad política. Los tiranos que en su ignorancia aun añoran la esclavitud negra y niegan la igualdad entre todos los seres

humanos son los mismos que le niegan la independencia a Puerto Rico. En un gran gesto de generosidad, a nombre de la Libertad y del Pueblo, el poeta los perdona.

«Un puerto»: **la vivencia personal del racismo**

Otro de los poemas en los cuales el poeta arecibeño muestra una clara conciencia racial es el titulado «Un puerto», también incluido en su libro *Romances* de 1892. Con cierta frecuencia se citan los ocho versos finales como evidencia de que el poeta se sabe mulato, pero si situamos estos versos dentro del contexto de la totalidad del poema cobran aun mayor significación.

La composición, como muchas otras suyas, está dedicada a una mujer, en este caso Filena, que debe ser un pseudónimo. El título alude a la primera parte de la composición, que está dividida de la segunda por una larga línea de puntos suspensivos. Al parecer hay muy poca relación entre una y otra. En la primera Pachín elabora el tópico romántico de la vida como la travesía de una embarcación en medio del mar «proceloso». Al principio, marino inexperto, cantaba barcarolas, a veces luchaba contra el oleaje y otras veces se detenía a admirar el paisaje «riqueño». En las noches se dormía rodeado de las caricias amorosas de las aves. En el presente, sin embargo, lo ha entristecido su lucha contra el mar embravecido, remando siempre, buscando «entrever un puerto / en el piélagos azul de la esperanza» (Marín, 1943, 15)

Dirigiéndose siempre a Filena, en la segunda parte abandona por completo el motivo del velero bajel de su existencia para concentrarse en ella. Primero resalta su belleza:

¡Cuán bella te hizo Dios! Sobre tu frente
luce el candor su angelical ternura,
y en tu mejilla ardiente
la llama de *otro amor* se esconde pura.
Como el negro pesar que me devora
negra es también tu hermosa cabellera;
de tu talle flexible que enamora

yo sé que está celosa la palmera.
Tu acento es un raudal de melodía,
tus labios, niña, rojos...
Y para colmo de desdicha mía
puso el cielo dos noches en tus ojos. (Marín, 1943, 15)

Acto seguido, sin embargo, le reprocha su desdén, su insensibilidad, su ingratitud y su incapacidad para reconocer su valor como poeta:

Y desdeñas, ingrata, el dulce intento
del bardo que te canta,
en tu insensible corazón mi acento
un eco débil de piedad levanta! (Marín, 1943, 16)

No obstante, lo que hace singular el poema y lo separa del tópico romántico del enamorado no correspondido que se queja del desdén de su amada, son precisamente las estrofas finales donde el poeta atribuye ese rechazo al racismo, por su condición de mulato:

¡Acaso piensas que en mi tez de cobre
se nubla la expresión de la mirada
y ves que está mi cabellera pobre
por el sol de los trópicos quemada!
¡Acaso ante tus ojos mi alma es muda
e ignoras, niña, en tu razón secreta
que bajo el bosque de mi crencha ruda
la inspiración se oculta del Poeta! (Marín, 1943, 16)

El poeta prácticamente acusa a Felina de la torpeza de fijarse únicamente en su apariencia exterior y prejuizar, ignorar y descartar su riqueza interior como inexistente. Los rasgos fenotípicos racializados no le permiten apreciar su condición superior de Poeta con letra mayúscula.

Regresando a la primera parte del poema, me parece que contextualiza el encuentro, enamoramiento y desdén racial de Felina como una instancia de «la historia de sus penas». Tras la experiencia, el

poeta nos dice: «torno a remar por entrever un puerto/en el piélagos azul de la esperanza» (15), lo que implica que ha superado el rechazo y la subestimación de esta bella mujer.

«La princesa pálida» o la transparencia de las almas

La vivencia del prejuicio racial, unida al tema amoroso, se trata de una manera más lírica, más íntima y más original en «La princesa pálida», uno de los mejores poemas de Pachín Marín. Este extraordinario poema forma parte de su poemario póstumo *En la arena* de 1898. Es posible que lo haya escrito en Cuba, poco antes de morir, o tal vez lo escribió en Nueva York. De todas maneras, el poema revela mucha madurez como poeta. Está dedicado «A una cubana», cuyo nombre parece haber sido Edelmira; una muchacha blanca, inaccesible para un poeta mulato. El poema trata acerca de esa gran distancia social y racial que lo separa de la mujer que lo ha deslumbrado, pero va mucho más allá. A ella precisamente le dirige sus versos:

La princesa pálida

A una cubana

Al conocerte en noche delirante
sentí en el pecho una ansiedad ignara,
y es que te adoro, y comprendí al instante
el abismo sin fin que nos separa.

Yo no me atrevo a ti porque las rosas
de tus mejillas son como la nieve...
pero el alma no entiende de esas cosas
y ya lo ves, a tu beldad se atreve.

Tu despréciamelo a mí; cuanto en ti quepa
de desdén yo lo acepto a sangre fría;
mas haz porque mi alma nunca sepa
el imposible de llamarte mía.

Mi alma es quizás una princesa pálida
que llora en cautiverio su abandono;
mariposa con formas de crisálida,
diamante con murallas de carbono.

Yo la estoy engañando; le prometo
tu amor al escucharla que suspira
y ¡la pobre! me llama y en secreto
pregunta por el alma de Edelmira.

Ya que no he de cumplirla mi promesa
tuya será la culpa si algún día
se va sola mi pálida princesa
en pos de tu amorosa compañía. (Marín, 1898, 75-77)

Cuando leemos por primera vez el poema pensamos que su título –muy modernista, por cierto– se refiere a Edelmira, la mujer bella a quien se dirige la voz poética. Sabemos que es bella, pero el único rasgo físico que menciona el poema es su blancura, cualidad que podemos vincular con la palidez de la princesa del título. Esa blancura superlativa, designada mediante una bella imagen –la rosa de nieve– es la que establece, para él, una enorme distancia entre los dos. A pesar de que siente que la adora a primera vista, comprende también, en el momento, que existe lo que él llama «el abismo sin fin que nos separa». Desde el comienzo comprende que su blancura la hace inaccesible: «Yo no me atrevo a ti porque las rosas / de tus mejillas son como la nieve...». Sin embargo, añade: «Pero el alma no entiende de esas cosas / y ya lo ves, a tu beldad se atreve».

Se establece así una dualidad, un desdoblamiento del sujeto poético entre el yo social, consciente de los prejuicios y de las limitaciones sociales, y el yo íntimo, auténtico y esencial: el alma. Él, criatura social, no se atreve a pretender la muchacha blanca; pero su alma sí, porque «no entiende de esas cosas» y «esas cosas» son la materialidad y el prejuicio racial. Él puede entender y aceptar el desdén de esta mujer, pero su alma no, porque no entiende por qué ese amor es imposible. En el mundo espiritual, que es el verdadero, no existen dife-

rencias de color, ni de género que solo existen en el mundo material. De ahí que el poeta pueda representar su alma como una princesa que se ha prendado de otra princesa y que ambas sean iguales, lo que se representa aquí por su blancura y su palidez.

La oposición entre la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, se presenta en el caso del hablante lírico mediante dos poderosas imágenes:

 Mi alma es quizás una princesa pálida
 que llora en cautiverio su abandono;
 mariposa con formas de crisálida,
 diamante con murallas de carbono. (Pachín, 1898, 75)

Evocando una imagen cristiana tradicional, el alma es presa del cuerpo y el cuerpo es la prisión del alma. El hecho de que nos presenta al alma como una princesa en cautiverio nos recuerda la segunda estrofa del poema alegórico de Darío «El reino interior», escrito en 1896 e incluido en su poemario *Prosas profanas*:

 Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
 de la torre terrible en que ha treinta años sueña.
 La gentil Primavera primavera le augura.
 La vida le sonríe rosada y halagüeña.
 Y ella exclama: “¡Oh fragante día! ¡Oh sublime día!
 Se diría que el mundo está en flor; se diría
 que el corazón sagrado de la tierra se mueve
 con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.
 ¡Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!”
 Y las manos liliales agita, como infanta
 real en los balcones del palacio paterno. (Darío, 64)

La princesa pálida de Pachín no sonríe y ni canta; ya no es el alma juvenil que está descubriendo el mundo. En su caso llora su cautiverio y añora la liberación del cuerpo que la limita y la convierte en víctima del rechazo. Esto se evidencia en las dos imágenes finales de la estrofa ya citada: «mariposa con formas de crisálida, / diamante con murallas de carbono» (Pachín, 1998, 75).

En la primera imagen la fealdad de la crisálida –el cuerpo– aprisiona la belleza de la mariposa: el alma. En la segunda imagen, que es la única referencia en todo el poema a la negritud del hablante lírico, el cuerpo negro o mulato, las murallas de carbono, aprisionan la belleza y la riqueza del alma: el diamante. Conviene notar que las únicas dos características físicas que se mencionan de los dos protagonistas del poema son la blancura de Edelmira y la negrura del poeta.

Las dos estrofas finales refuerzan el tono melancólico del poema y lo tiñen de cierto patetismo. El poeta se compadece de su alma enamorada y la engaña, prometiéndole que alcanzará el amor de Edelmira. Sin embargo, sabe que no podrá cumplirle su promesa y le advierte que ella, Edelmira, tendrá la culpa si su alma se va detrás y en pos de su «amorosa compañía».

Finalmente, conviene señalar cómo las creencias espiritistas kerdicianas, muy difundidas a finales del siglo XIX, sirven de fundamento a este poema y al antiesclavismo y el antirracismo de los sectores más avanzados de nuestra *intelligentzia* decimonónica. En otro lugar, comentando un relato antiesclavista de las *Historias de ultratumba* (1872) de Manuel Corchado Juarbe, escribí lo siguiente, aplicable también a Pachín:

Corchado asume, además, una actitud antirracista y profundamente igualitaria, lo que nos lleva a reflexionar sobre los vínculos entre el espiritismo y el antirracismo. Las almas no tienen color y los cuerpos son meros accidentes de escasa importancia en el espiritismo, lo cual evidencia el carácter progresista y genuinamente democrático de esta heterodoxia perseguida bajo el régimen colonial español. (Acevedo, 2015, 30)

Serenata para una trigueña

Hay otro poema en el poemario *Romances* de 1892 que ha pasado desapercibido, pero que también conviene comentar. Su título es «Serenata» y está dirigido a una hermosa «trigueña borincana»:

Serenata

I

Cuando despierta el sol por el Oriente,
hermosa, haciendo huir
el séquito de sombras de la Noche,
yo pienso en ti.

Y cuando ya le miro
brillar en el zenit,
esplendoroso y bello,
trigueña, pienso en ti.

II

Cuando de Ocaso en las ignaras cumbres
se desmaya Cemí,
y recuerdo que soy un peregrino
pobre, infeliz...

Si pensativo y triste
inclino la cerviz,
trigueña borinqueña,
pensando estoy en ti.

III

Del impúdico vicio en la bacante,
en medio del festín,
en la embriaguez de la expirante orgía
yo pienso en ti.

Y ante el altar sagrado
si me prosterno, allí
tu imagen se presenta...
y rezo, y pienso en ti. (Marín, 1943, pp. 74-75)

Aunque hay algunas dudas con relación a la significación de la palabra trigueña, en Puerto Rico me parece que predomina desde hace mucho tiempo la segunda acepción del *Diccionario didáctico básico del español* de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española: «persona que tiene la piel oscura» (*Diccionario*, 803). Como sinónimo, el diccionario consigna la palabra «morena». El poema de Pachín, por lo tanto, está dirigido y dedicado, esta vez, a una bella mulata y no a una mujer blanca.

Además del título, «Serenata», que lo sugiere, la forma métrica es característica de una canción. Cada una de las tres secciones está compuesta por dos estrofas: en la primera se suceden un verso endecasílabo, un heptasílabo, otro endecasílabo y un pentasílabo; la segunda está compuesta de cuatro versos heptasílabos. La rima aguda en «i» se ubica en los versos pares de las dos estrofas. Los versos no siempre son llanos. El patrón se repite en las otras dos secciones, siempre con la rima aguda en «i». El predominio de los versos breves y las recurrencias de estrofas y rimas, así como el estribillo con variantes al final de casi todas las estrofas son propios de una canción. Recordemos de paso que Pachín era músico, tocaba la guitarra y el violín, componía y cantaba sus propias canciones. Posiblemente, «Serenata» es la letra de una de sus canciones.

El poema recuerda canciones del poeta cubano Plácido, como «La flor del café», «La flor de la cera» y «La flor de la caña». Plácido, al igual que Pachín, era mulato, autodidacta y de origen aún más humilde. «Serenata» también recuerda una canción anónima, publicada en nuestra prensa periódica incipiente a comienzos del siglo XIX y cuyo estribillo es la siguiente copla:

Cual Venus divina
con sus gracias bellas
enamora, encanta
mi hermosa trigueña. (Acevedo, 2005, 94)

Las demás estrofas, compuestas por ocho hexasílabos que repiten la rima asonante e-a en los versos pares, terminan siempre con el verso «mi hermosa trigueña», resaltando esta condición de la mujer cantada.

«Serenata» expresa la presencia constante de la trigueña borincana en la mente del poeta, en la mañana, al mediodía, al atardecer y en la noche; cuando está alegre, cuando esta triste, cuando contempla la naturaleza, cuando está en medio del festín o reza en el templo. Esta presencia constante de la amada en el pensamiento y el estribillo «pienso en ti», recuerdan el hermoso poema del guatemalteco José Batres Montúfar que se titula precisamente «Yo pienso en ti» y cuya primera estrofa, resumen del poema, es la siguiente:

Yo pienso en ti, tú vives en mi mente
sola, fija, sin tregua, a toda hora,
aunque tal vez el rostro indiferente
no deje reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora. (Batres, 137)

En el emotivo poema de Batres Montufar el poeta habla de su amor constante, pero no confesado. Es un poema triste, introspectivo. La «Serenata» de Pachín por el contrario canta a los cuatro vientos sus sentimientos por la «trigueña borincana». Contrario a los otros poemas que hemos visto aquí y que aluden a lo racial, en este caso no hay tragedia, ni rechazo, ni melancolía frente a un amor difícil o imposible, tal vez porque el poeta y su enamorada comparten la misma condición racial; no existe «el abismo sin fin» que los separe.

Pachín Marín, el poeta mulato

Como decíamos al comienzo de estas páginas a Pachín Marín no se le suele incluir ni en los estudios, ni en las antologías de poesía negra, mulata o negrista. Sin embargo, como hemos visto, escribió poemas que, ciertamente, son dignos de figurar como ejemplos valiosos y tempranos de este tipo de poesía. Tal vez los poemas que hemos comentado aquí no hayan llamado la atención porque no son *sobre* el negro o el mulato, como la mayor parte de los poemas que figuran en las antologías. Son más bien poemas escritos no *sobre*, sino *desde* el mulato; desde sus vivencias y su perspectiva como hombre luchador, inteligente, culto y talentoso «de color» en un mundo que considera

inferiores a los mulatos como él y a sus «hermanos negros». Precisamente por eso, y por los aciertos de su expresión como poeta, estos poemas de Francisco Gonzalo Marín resultan muy valiosos y deben conocerse más y mejor.

OBRAS CITADAS

- Acevedo, Ramón Luis. *Pachín Marín: poeta en libertad*, San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2001.
- . *Antología crítica de la literatura puertorriqueña*, Río Piedras: Editorial Cultural, 2005.
- Babín, María Teresa. «Vida y poesía de Pachín Marín», en *Antología de Pachín Marín*, San Juan: Ateneo Puertorriqueño, 1958.
- Batres Montufar, José. *Obras completas*. Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1980.
- Figueroa de Cifredo, Patria. *Pachín Marín: héroe y poeta*, San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967.
- García Leduc, José Manuel. *Intolerancia y heterodoxias en Puerto Rico (siglo XIX)*. San Juan/ Santo Domingo, Isla Negra, 2009.
- Gonzalo Marín, Francisco. *Romances*. New York: [s.d.], 1892.
- Gonzalo Marín, Francisco. *En la arena*. Cuba: El Cubano Libre, 1898.
- Ojeda Reyes, Felix. *Peregrinos de la libertad*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992.